



La superstición politicista

OTRA VEZ

Todo lo que diga en el Parlamento un político de primera fila, en el Parlamento adquiere la importancia que le dé su posición, sea jefe de partido ó ministro presente ó futuro. Y así como un juez, por fuerza ha de tender á querer siempre sentenciar, y los catedráticos estamos expuestos á hacernos dómines aun en el trato íntimo, así los políticos llegan á persuadirse de la importancia de cuanto dicen, y á creer en la trascendencia de cualquier trabajillo de investigación científica, por ejemplo.

Y no es lo malo que el juez de en sentenciar jugando al tresillo, y demos los catedráticos en hablar *ex chatedra* con los amigos, y den los ministros, exministros y futuros ministros en *hacer actos* cuando de algo tratan; lo peor es que nos lo consientan. Y á los políticos, por lo menos, no sólo se les consiente, se les impele á ello.

¿No cabe acaso á la prensa no poca de la culpa de que hayan entrado en la Academia Española, pongo por caso, celebridades políticas que tras de destrozarse el romance castellano (y con alevosía, queriendo imponerse á él), están adornadas de la más profunda ignorancia filológica y lingüística?

Entró hace ya algún tiempo en una Academia científica un famosísimo y ruidosísimo exministro que pasa fama de ser más listo que las ratas, y se descolgó con un discurso de entrada plagado de atrocidades científicas. Se metió de rondón en la ciencia, y echándolo todo á ingeniosidades y juegos malabares y habilidades parlamentarias, intentó aclimatar la baratería en la investigación científica. Y nadie protestó de aquel atropello, como no se ha protestado de atropellos análogos.

Nunca olvidaré lo que he oído del efecto que causó un artículo que en un diario de la corte escribió un discretísimo y perspicaz provinciano á quien le encargó un redactor de aquél hacer la reseña de una conferencia que dió otro no menos famoso ni menos ruidoso exministro. El provinciano dijo la verdad, que la tal conferencia había sido absolutamente insignificante y ramplona, y esta es verdad que no puede decirse á un político.

El profundo estadista A, el hábil polemista B, el intencionadísimo C..., y nada de esto es verdad en el fondo. Se oye la verdad verdadera muchas veces de labios de los que jamás la dejan llegar á su pluma, pero es porque en lo íntimo no la creen, porque están convencidos de la mentira convencional, y por esto mismo rige en la prensa (con raras y honrosas excepciones) la consigna tácita ó expresa de no tocar á los prestigios. El prestigio de un político es su talento ó listura; á todo hombre le duele más que le nieguen inteligencia, que el que le nieguen pureza de intención ó elevación de miras, cosa naturalísima.

Y hasta suele doler más que se ponga en duda la validez ó importancia de los conocimientos que se posee, que no la capacidad de adquirirlos; aunque parezca mentira, hay hombres que se envanece más de lo que creen tener que de lo que creen ser. Mas de un suceso político se explicaría acaso por la incompatibilidad que hay entre dos cultos, entre dos doctos; el choque de las letras de molde es terrible. El hombre libresco soporta al *talento natural*, á otro libresco no le aguanta. Y hay que tener en cuenta que es libresco mucho que no lo parece.

En rigor, no puede culparse á la prensa de que fomente la superstición politicista; sería exigirla que reaccionara libremente al ámbito moral, cuando tiene que carecer de lo que da la libertad de reacción. Aunque los periodistas vean en bata al gran político, lo ven con los ojos de todo el mundo; no está la maquinaria de manera que depure á los que en ella entran. Y aquí se nos ocurre la raíz del mal: la raíz económica.

MIGUEL DE UNAMUNO.

La empresa periodística

Va difundiendo de día en día la doctrina de que en la llamada jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son la base de los demás, los primeros, ya que no los principales. Lo indudable es que la mayoría de los problemas sociales complejos, quien se coloca en el núcleo y germen de la cuestión. Esto sucede en la literatura en general y en esto sucede en la prensa moderna, al ir cediendo los periódicos de partido, pequeñas industrias domésticas, á los grandes diarios mercantiles, grandes fábricas.

El mal radical de nuestra economía, el ahogo de la utilidad intrínseca y social de las cosas bajo el peso del valor de cambio ó comercial, es el mal de la literatura toda y de la prensa periódica informativa; es lo que mata la sinceridad santa, que se cotiza mal en el mercado, en la *vanity fair*

de nuestras mentiras. ¡Qué hermoso día aquel en que un diamante valga menos que un jugoso racimo de uvas y un incunable no se aprecie en más que el ejemplar ~~de~~ correcta edición de miles de ellos! ¡Santo día cuando se comprenda la profunda definición que de la riqueza da Ruskin: «la posesión de lo valioso por el que vale» (*the possession of the valuable by the valiant!*)

Quien quiera haya estudiado un poco el actual proceso industrial, no tiene más que aplicarlo al caso de que aquí trato. Me limitaré, por lo tanto, á ir indicando puntos á modo de programa.

Las pequeñas industrias domésticas, los periódicos de partido, languidecen y se van con sus indudables ventajas, aún insustituibles, y les sucede la empresa periodística montada por el *factory system*. Dibújense ya grandes *trusts*, sindicatos, aun tácitos, de estas vastas empresas.

Hay los males, en un período del proceso, de la concurrencia mercantil, que acaba por empeorar el género, aunque parezca á primera vista que su interés es mejorarlo. Es cosa sabida (y hay quienes no lo han puesto de relieve) que el público, desesperanzado de reconocer el género bueno y resignado á las adulteraciones que la concurrencia trae consigo, va renunciando en ciertos países á la bondad mayor ó menor, y pide baratura en el artículo. Estaba leyendo yo una explicación de esto en una obra inglesa el mismo día en que la concurrencia periodística llevó á una empresa á adelantar los sucesos. ¡Mucha noticia, mucho nombre! La cuestión es llegar antes, batir el record, y como con la fruta para presentarla en el mercado antes que el competidor, no se la deja que madure.

A los males éstos hay que añadir el proteccionismo oficial de que gozan las vastas empresas todas. Y no me refiero sólo al hecho de que el Estado les alivie de los sueldos que hayan de pagar, no; á más sutil protección de que ahora no puedo hacerme cargo.

En ciertas grandes industrias se realiza una deprimente igualdad del hombre ante la máquina, y es sabida la sombría competencia que en familias pobres hacen al padre los hijos.

Los simples braceros, los peones, los que llaman los ingleses *unskilled workers*, expulsan á los especialistas y de oficio, á los *skilled workers*, como los que dan al manubrio del organillo mecánico no dejan oír á los ciegos que tocan el violín. Y esto como naturalísima consecuencia del proceso, sin culpa personal de nadie, sucede en la prensa; el chico vivo y entremetido, buen sabueso de todo género de noticiones sensacionales, expulsa al observador fino que sabe ver el hecho en relieve y le da conexión y vida. La máquina periodística se sobrepone al hombre y le deprime.

No es tan disparate decir que hay periódicos que se hacen solos.

Claro está que todo esto depende del mercado, y que un diario como *The Times* necesita cierto cuidado de cualidades más exquisitas para satisfacer á sus consumidores; pero aquí lo natural es que se procure cultivar los defectos nacionales, la falsa seriedad, la *morgue*, y la ramplonería y amor á la lata inclusive.

